

taño en sus escondites del sur, sólo se muestra a través de sus libros. Después de la alegría que nos dio a sus lectores con "Alegría provisoria", viene ahora hacia nosotros con "El panorama ante nosotros", un libro de poemas. Grande, bonito, bien impreso.

Y nos previene: "Que este primer tomo y los siguientes que son el testimonio de tan variadas peripecias, reciba el amparo de los lectores y que la suma y resta de sus aprobaciones y disgustos permita que sus cantos no hallen sino como los ríos su don natural, sostenido con rápidos peligros y quieto exterminio".

Para Alfonso Alcalde, de todas las desdichas, ninguna como la poesía produce tanto arrobamiento, tanta llama para el consumo. Cuenta en su prólogo que "sobre piedras, toneles y ladrillos bajo la custodia de la noche escribí tanto como pasos tiene el camino del infierno. Y he me aquí rodeado de las cosechas de estas desventuras que me vaciaron el habla por completo hasta quedar otra vez solitario y errante".

"En estos menesteres ocupé los inviernos que llevo sobre mi edad familiarizándome con los antiguos vecinos penquis-

tas teniendo la precaución de conocer los ríos, usos y costumbres y sus desgracias y alegrías asistiendo al traslado de sus ciudades y campanarios, ilustrando la guerra y sus muertes sin fin, bordeando sucesos remotos, atrapando fechas, circunstancias memorables, incorporando al pai-

saje a estos remiendos y luego haciéndolos navegar en numerosos coros opuestos regresando después al polvo donde fueron ex-natriados".

A P

"EL PANORAMA ANTE NOSOTROS", de Alfonso Alcalde, Nascimento, Eº 65.

"Hoy pedí prestado  
el sol a mis vecinos.

"Una pobre hebra de  
(luz"

—les dije—

Algo para andar  
sobre la tierra

con una despavorida  
(sombra  
a cuestras".

Alfonso Alcalde, callado, sin aspavientos, ermi-